



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE JUNIO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Bolas de gentes y años

HISTORIAS DISÍMILES

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La turba gritaba, con las manos pegadas a la boca, en forma de megáfono: “Se ve, se siente, el sindicato está presente”. Y la gente se ponía de pie para levantar un puño en alto y gritar, a coro de cacofonías, otras consignas.

La situación era muy distinta para quienes laboraban dentro de las oficinas: vivían sin exigir reclamos, aceptando las condiciones de trabajo que les habían tocado y los recortes salariales más recientes.

Quienes gritaban afuera llevaban gorras, pantalones de mezclilla, y podían plantarse y sentarse en las escalinatas que daban a la puerta del edificio, durante todo el día. Reclamaban recibir un sueldo de parte del gobierno. No había en el país quién más pudiera mantenerlos, sus trabajos se habían vuelto obsoletos con la falta de trenes, y no sabían hacer otra cosa que limpiar vías.

Pero les gustaba la idea de que ahí, sentados, descansando en las escalinatas que daban al edificio central, pudieran estar generando un ingreso mientras gritaban: “...se ve, se siente...”, y uno de los líderes tomaba el micrófono para calentarlo a la cabeza al grupo, diciéndole que el gobierno les debía cientos de millones de pesos, y que parecía una cantidad suficiente para vivir una vida holgada sin hacer nada, que a ojos de los protestantes, era lo que hacían quienes laboraban con traje y corbata adentro de las oficinas: ganaban un sueldo sin trabajar, permaneciendo al igual que ellos, sentados, aunque frente a sus escritorios.

La turba de pronto comenzó a gritarle al líder: “¡Ya vamos a entrar!”. Habían visto que del edificio salían los abogados y administradores que llevaban la negociación de sus casos. Y así formaron una bola enorme de gente alrededor de los burócratas para escuchar cualquier cosa que les fueran a comentar. “Seguimos analizando la propuesta”, comenzó a decir el de corbata roja. Y la turba mostró su enojo con ademanes y sonidos emitidos desde sus gargantas estresadas. “¡Arriba el sindicato!”, se escuchó gritar a alguien que no sabía lo que sucedía en la conversación.

“Licenciado, ya no estamos en posición de esperar más, demandamos una respuesta”, dijo el líder sindical. “¡Respuesta, respuesta!”, comenzó a corear el grupo. “Tranquillos”, dijo con un ademán de manos el licenciado de corbata azul. Entonces la turba hizo silencio y comenzó a amontonarse, más cerca los unos de los otros. “Vamos a comunicarle sus deseos al director general, volveremos cuando hayamos sesionado con él”, dijo el de corbata negra. Y los tres burócratas regresaron por donde habían aparecido.

La turba volvió a calmarse. Regresaron a sus asientos: en la banqueta, en las escalinatas, en la rampa para gente en silla de ruedas, recargados en las paredes o con los brazos abrazando sus piernas. Algunos cuantos, parados. El líder volvió al micrófono y otra vez, la historia de lo que el gobierno les debía, de la promesa del señor presidente, de la justicia y el derecho de los trabajadores, de la internacional y el caldo de pollo, de la lluvia que se acercaba pero que no acabaría con sus esperanzas.

Así llegó la noche. Y aunque el sol desapareció, no así la paciencia de la turba. Aparecieron las tiendas de cam-



paña, los televisores inalámbricos y las cazuelas con cena para la gente. Platocaban sobre la huelga de hambre que se avecinaba si no conseguían una respuesta favorable. Decían estar preparados para todo. “El señor presidente ha estado repartiendo dinero para muchos, y así hará con nosotros”, decía el líder sindical en su último mensaje de la noche.

Por la mañana, un tanto picoteados por los mosquitos y con ganas de ir al baño, la mayoría de los miembros de la turba se levantaron de sus tendidos de colchas sobre la calle, sin haber descansado lo suficiente. Uno de los miembros del grupo llegó con rollos de papel sanitario y con otro grupo de gente que reemplazaría a los que habían dormitado la noche en el lugar. Así se iban reemplazando los unos a los otros cada veinticuatro horas.

Pasaron los días y los licenciados encorbatados no aparecieron. Entonces el líder sindical tomó el micrófono, luego de haber realizado una consulta con su grupo más cercano. Comenzarían la huelga de hambre. Transcurrieron otros cincuenta días, mientras los huelguistas cambiaban día con día: se rotaban en grupos de dos en dos. Apenas había pasado por la posición de huelguista la turba completa cuando una mañana, aparecieron los tres licenciados.

“El señor presidente de la compañía está acongojado por la situación tan difícil por la que han pasado, y ha ordenado que a todos ustedes se les reinstale en sus trabajos. Ya no limpiarán vías de tren, sino calles. Pero lo harán a un sueldo doble del que venían percibiendo”.

Aquella noticia fue el despegue de un aeroplano de lujo para la turba, que la llevaría a una vida más digna, a un lagrimeo incansante sobre las mejillas mugrientas de quienes vivirían constantemente a la intemperie, bajo el smog diario de los autos, bajo el yugo de un suspiro que nunca termina. Que llevaría a la historia de una niña de siete años que

ahora podrá volver a la escuela con sus útiles escolares, y aspirar a un mejor futuro que el de sus padres; en una oficina, junto a licenciados que se han graduado de la universidad y laboran sentados frente a un escritorio, en traje y corbata, y que enfrentan la disyuntiva diaria entre la eficiencia y la equidad, y la difícil ambigüedad...

CITA CON EL ALIVIO
OLGA DE LEÓN

Encendió la marcha del auto para calentarlo un minuto, afuera el frío no era inclemente como otros inviernos, sino pasable. Vio por el retrovisor, y aunque preocupada por la falla del abanico principal del auto, que al encender la calefacción pudiera calentarse en demasia, pensó: no, sí llevo. Si aguantó el verano, con temperaturas arriba de cuarenta grados, claro que mi noble cochecito me llevará. (Ni para reparar el auto alcanzaba).

Finalmente, lo echó a andar. Sabía que tenía que llegar a tiempo o cuando más diez minutos pasada la hora de su terapia física.

Ese día, al terminar la rehabilitación, se dirigió al segundo piso, tenía cita con el médico Internista. Tenía la esperanza de que él, sí le ordenara algunos estudios que le permitieran saber cuál era el estado o evolución de sus problemas en la columna y con los nervios del cuerpo, y quizás también le mandara hacer una valoración sobre problemas de circulación y más...

Pero no la dejaría satisfecha un dictamen solo basado sobre lo que ella contara de sus problemas, sin que se confirmara técnica y científicamente si así era, pues quizá ella no describiría con absoluta certeza ni total objetividad, la situación.

Ahora que por fin recurrió al médico en busca de que le dijera qué era lo que tenía, se encontró con la sabiduría de un doctor experimentado y fogueado en diversas especialidades. Él mismo se lo dijo, no tendría que acudir al endocrinólogo, cardiólogo, y aún sobre nutrición y

psiquiatría podría asesorarla. ¡Psiquiatría!, mis respetos; y pensó, para qué necesitaré yo de un psiquiatra, no soy hipocondriaca, por el contrario, quizás, por años he pensado que estoy bastante sana, que no padezco ninguna enfermedad, y que mis “achaques”, son solo eso, consecuencia natural de la evolución y paso de los años, cuando una se va haciendo o se ha hecho, ya, vieja.

La entrevista fue más o menos larga. Ella hablaba y hablaba de su historia y lo que la aquejaba; eventualmente se interrumpía para decir: esto se lo comento porque quizás es importante para que usted tenga antecedentes de mi historia clínica y mi ascendencia... O, quizás porque le apenaba estar hablando tanto.

Al mismo tiempo pensaba, sin que en ningún momento lo expresara: “Bueno, pero qué tiene el Instituto de Servicios Médicos sobre: mi columna, circulación, hernia de disco entre 3ª y 4ª vértebras, o 4ª y 5ª (ya no estaba segura de cuáles habían salido en el análisis de aquella cápsula a la que había entrado hacia más de 15 años). Y, qué referencia existirá aún de mi padecimiento frecuente de nervio Ciático; o del pequeño tumor (de grasa o nervio) en la parte lumbar, de las várices liliáceas y ramificadas en piernas y tobillos, y dos o tres con claro abultamiento...”. Lo pensó, pero no quiso ser impertinente preguntando, o solicitando que se le volvieran a realizar otros exámenes.

Salió contenta de la sapiencia y formas del médico que la atendió. Mas, siendo de reacción lenta... al poco de haberse retirado, cayó en la cuenta de que no le ordenó estudio alguno, seguramente porque no lo consideró necesario. Pero, ¿y ella? La próxima cita será en dos meses.

Con lo triste que salió por los males heredados de sus padres (según la medicina), sintió gran alivio que no fuera cáncer. No obstante, la enorme cantidad de medicamentos, para dos meses, la asustó tanto que pensó: ¡Hoy me alivio!



Antoine de Saint-Exupéry

La vida del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry fue la aviación. La practicó por aproximadamente dos décadas, le llevó a conocer vastos territorios de Europa, norte de África, norte, centro y sur de América, y además le inspiró para escribir sus libros, entre ellos El principito, traducido a 392 idiomas y dialectos existentes en el mundo. Y falleció en un accidente aéreo.

Además de la mencionada obra, el autor nacido el 29 de junio de 1900 en Lyon, escribió siete piezas más, cinco de ellas abiertamente inspiradas en sus experiencias como piloto: El aviador, Correo del sur, Vuelo nocturno, Tierra de hombres y Piloto de guerra. Las otras dos son Carta a un rehén y Ciudadela.

De Saint-Exupéry fue nombrado director de Aeroposta en Buenos Aires, ciudad donde conoció a la que sería su esposa, la millonaria salvadoreña Consuelo Suncín. Problemas financieros llevaron la empresa al cierre y a él, al periodismo y a escribir, cumpliendo temporadas en la Indochina Francesa (Vietnam), Rusia y España durante la Guerra Civil (1936-1939).

Su trabajo como piloto aviador le daba el beneficio de contar con horas libres suficientes para dedicarse a la escritura, fue así que pudo terminar los trabajos literarios mencionados y que en gran parte son autobiográficos. Su primer gran éxito fue Vuelo nocturno, de 1930, que le valió obtener el Premio Femina, pero por el que ha pasado a la posteridad es, sin duda, El principito.

Se trata de la historia del personaje del título, quien proviene del asteroide B 612 y llega a la Tierra, al Desierto del Sahara, donde se encuentra con un piloto a quien pide insistentemente que le dibuje un cordero. Entonces le cuenta su historia: en su asteroide vive con tres volcanes, uno inactivo, y se dedica a arrancar la hierba mala y a admirar las puestas del Sol. Aburrido, inicia un viaje espacial para hacerse de un amigo hasta que llega a nuestro planeta, donde las experiencias vividas le dicen que la vida de los adultos es aburrida, ocupados en trabajar y no en vivir. Es cuando conoce a un zorro, quien le enseñará el significado de la amistad y del amor que siente por su flor, por lo que regresa a su asteroide.

La importancia de los dos valores mencionados es, entonces, el mensaje central de esta obra universal, y su mensaje es claro si se entiende que es escrita y publicada en plena Segunda Guerra Mundial y la tragedia humana que significó.

ad pedem literae

“Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo, llega a no saber cuál es su cara y cuál es su careta”

Pío Baroja

Letras de buen humor

“Con las leyes pasa como con las salchichas, es mejor no ver como se hacen.”

Otto von Bismark

Joana Bonet

Goles que no valen igual

Mi hija pequeña sabe ya qué quiere ser de mayor: entrenadora de un equipo masculino de fútbol. No le basta con tirar regates ni rematar a puerta y, aunque ahora juegue en el medio campo —formando parte de ese 41% de niñas que en menos de tres años se han introducido en el balompié—, sueña con diseñar estrategias de juego y liderar un vestuario Varón Dandy. Serán amores de madre, pero me digo que apunta bien la niña: todavía faltan un par de décadas para que las Mourinho y las Guardiola del futuro se agiten en un banquillo con el caramelo en la boca.

El auge del fútbol femenino, que se juega en España desde los años ochenta, demuestra lo bien que se ha superado aquella idea victoriana de que las mujeres sólo podían practicar deportes que toleraran la falda —se incluía el hockey hierba—. Las británicas fueron las primeras en romper la norma, lo que les valió ser apedreadas por el público en Glasgow y Manchester, allá por 1881. Las jugadoras ya lo habían anticipado y

no utilizaron sus nombres, sino alias. Hoy, con la octava Copa del Mundo femenina en juego, vamos conociendo detalles pintorescos en su cruzada para ser tomadas en serio. Ya saben: sus premios y sueldos son menores y las condiciones peores que las de ellos. En 1989, a las todopoderosas alemanas —dos Mundiales, ocho Eurocopas, una medalla de oro en los Juegos Olímpicos— su federación les regaló para festejar el primer título europeo un floreado juego de porcelana. Unas tacitas de café para domesticar a esas muchachas. Hace unos días, en cambio, Adidas anunciaba que pagará a las campeonas del Mundial a quienes patrocine la misma prima que a los héroes de Rusia 2018.

El deporte es un espejo cristalino donde se refleja la situación de las mujeres: puede que hasta vistosa y ejemplar, pero sin la cotización de los hombres. Por supuesto, nadie se atreverá a decir que las suyas son competiciones de segunda, aunque —y no por el nivel de juego o el espectáculo— estén desnatural-



izadas. Un ejemplo: la delantera noruega Ada Hegerberg, la primera mujer en ganar un Balón de Oro, ha renunciado a jugar este verano en Francia por los agravios comparativos con los varones. Claro que en la gala de entrega del premio tuvo que soportar algo casi peor, que en lugar de preguntarle por sus tantos o títulos se interesasen por si sabía hacer twerking.

He leído un dato en prensa y Twitter que me taladra: sólo tres de las 550 futbolistas que participan en el campeonato son madres. En nuestra Liga Iberdrola, ninguna. Nadie debería renunciar a la vida por el trabajo, o al revés, pero a ninguna le renuevan contrato si se queda embarazada. Así, ¿quién va a marcar los goles cuando valgan lo mismo si los mete una mujer que un hombre?